



AMOR DE LA PATRIA

PASIÓN NACIONAL

---

I

**B**usco en los hombres aquel amor de la patria que hallo tan celebrado en los libros; quiero decir, aquel amor justo, debido, noble, virtuoso, y no le encuentro. En unos no veo algún afecto á la patria; en otros sólo veo un afecto delincuente, que con voz vulgarizada se llama pasión nacional.

No niego que revolviendo las historias se hallan á cada paso millares de víctimas sacrificadas á este ídolo. ¿Qué guerra se emprendió sin este especioso pretexto? ¿Qué campaña se ve bañada de sangre, á cuyos cadáveres no pusiese la posteridad la honrosa inscripción funeral de que perdieron la vida por la patria? Mas si examinamos las cosas por adentro, hallaremos que el mundo vive muy engañado en el concepto



que hace de que tenga tantos y tan finos devotos esta deidad imaginaria. Contemplemos puesta en armas cualquiera república sobre el empeño de una justa defensa, y vamos viendo á la luz de la razón qué impulso anima aquellos corazones á exponer sus vidas. Entre los particulares, algunos se alistán por el estipendio y por el despojo; otros, por mejorar de fortuna, ganando algún honor nuevo en la milicia, y los más por obediencia y temor al príncipe ó al caudillo. Al que manda las armas le insta su interés y su gloria. El príncipe ó magistrado, sobre estar distante del riesgo, obra, no por mantener la república, sí por conservar la dominación. Ponme que todos esos sean más interesados en retirarse á sus casas que en defender los muros, verás como no quedan diez hombres en las almenas.

Aun aquellas proezas que inmortalizó la fama como últimos esfuerzos del celo por el público, acaso fueron más hijas de la ambición de gloria que del amor de la patria. Pienso que si no hubiese testigos que pasasen la noticia á la posteridad, ni Curcio se hubiera precipitado en la sima, ni Marco Attilio Régulo se hubiera metido á morir en jaula de hierro, ni los dos hermanos Filenos, sepultándose vivos, hubieran extendido los términos de Cartago. Fué muy poderoso en el gentilismo el hechizo de la fama póstuma. También puede ser que algunos se arrojasen á la muerte, no tanto por el logro de la fama, cuanto por la loca vanidad de verse admirados y aplaudidos unos pocos instantes de vida, de que nos da Luciano un ilustre ejemplo en la voluntaria muerte del filósofo Peregrino.

En Roma se preconizó tanto el amor de la patria, que parecía ser esta noble inclinación la alma de toda aquella república. Mas lo que yo veo es, que los mismos romanos miraban á Catón como un hombre rarísimo y casi bajado del cielo, porque le hallaron siempre constante á favor del público. De todos los demás, casi sin excepción, se puede decir que el mejor era el que, sirviendo á la patria, buscaba su propia exaltación más que la utilidad común. Á Cicerón le dieron el glorioso nombre de *padre de la patria* por la feliz resistencia que hizo á la conjuración de Catilina. Éste, al parecer, era un mérito grande, pero en realidad equívoco; porque le iba á Cicerón, no sólo el consulado, mas también la vida, en

que no lograrse sus intentos aquella furia. Es verdad que después, cuando César tiranizó la república, se acomodó muy bien con él. Los sobornos de Jugurta, rey de Numidia, descubrieron sobradamente qué espíritu era el que movía el senado romano. Toleróle éste muchas y graves maldades contra los intereses del Estado á aquel príncipe sagaz y violento; porque á cada nueva insolencia que hacía enviaba nuevo presente á los senadores. Fué, en fin, traído á Roma para ser residenciado; y aunque, bien lejos de purgar los delitos antiguos, dentro de la misma ciudad cometió otro nuevo y gravísimo, á favor del oro le dejaron ir libre; lo que en el mismo interesado produjo tal desprecio de aquel gobierno, que á pocos pasos después que había salido de Roma, volviendo á ella con desdén la cara, la llamó *ciudad venal*; añadiendo que presto perecería, como hubiese quien la comprase: *Urbem venalem, et maturè perituram, si emptorem invenerit.* (SALUST., in *Jugurtha.*) Lo mismo, y aun con más particularidad, dijo Petronio:

*Venalis populus, venalis curia patrum.*

Este era el amor de la patria que tanto celebraba Roma, y á quien hoy juzgan muchos se debió la portentosa amplificación de aquel imperio.

## II

El dictamen común dista tanto en esta parte del nuestro, que cree ser el amor de la patria como trascendente á todos los hombres; en cuya comprobación alega aquella repugnancia que todos, ó casi todos, experimentan en abandonar el país donde nacieron, para establecerse en otro cualquiera; pero yo siento que hay aquí una grande equivocación, y se juzga ser amor de la patria lo que sólo es amor de la propia conveniencia. No hay hombre que no deje con gusto su tierra,



si en otra se le representa mejor fortuna. Los ejemplos se están viendo cada día. Ninguna fábula, entre cuantas fabricaron los poetas, me parece más fuera de toda verosimilitud, que el que Ulises prefiriese los desapacibles riscos de su patria Itaca á la inmortalidad llena de placeres que le ofrecía la ninfa Calipso, debajo de la condición de vivir con ella en la isla Ogigia.

Diráseme que los scitas, como testifica Ovidio, huían de las delicias de Roma á las asperezas de su helado suelo; que los lapones, por más conveniencias que se les ofrezcan en Viena, suspiran por volverse á su pobre y rígido país; y que pocos años há un salvaje de la Canadá, traído á París, donde se le daba toda comodidad posible, vivió siempre afligido y melancólico.

Respondo que todo esto es verdad; pero también lo es, que estos hombres viven con más conveniencia en la Scitia, en la Laponia y en la Canadá, que en Viena, París y Roma. Habitados á los manjares de su país, por más que á nosotros nos parezcan duros y groseros, no sólo los experimentan más gratos, pero más saludables. Nacieron entre nieves, y viven gustosos entre nieves; como nosotros no podemos sufrir el frío de las regiones septentrionales, ellos no pueden sufrir el calor de las australes. Su modo de gobierno es proporcionado á su temperamento; y aun cuando les sea indiferente, engañados con la costumbre, juzgan que no dicta otro la misma naturaleza. Nuestra política es barbarie para ellos, como la suya para nosotros. Acá tenemos por imposible vivir sin domicilio estable; ellos miran este como una prisión voluntaria, y tienen por mucho más conveniente la libertad de mudar habitación cuándo y á dónde quieren, fabricándose la de la noche á la mañana, ó en el valle, ó en el monte, ó en otro país. La comodidad de mudar de sitio, según las varias estaciones del año, sólo la logran acá los grandes señores; entre aquellos bárbaros ninguno hay que no la logre, y yo confieso que tengo por una felicidad muy envidiable el poder un hombre, siempre que quiere, apartarse de un mal vecino, y buscar otro de su gusto.

Olavo Rudbec, noble sueco, que viajó mucho por los países septentrionales, en un libro que escribió, intitulado *Laponia illustrata*, dice, que sus habitantes están tan persua-

didados de las ventajas de su región, que no la trocarán á otra alguna por cuanto tiene el mundo. De hecho representa algunas conveniencias suyas, que no son imaginarias, sino reales. Produce aquella tierra algunos frutos regalados, aunque distintos de los nuestros. Es inmensa la abundancia de caza y pesca, y ésta especialmente gustosísima. Los inviernos, que acá nos son tan pesados por húmedos y lluviosos, allí son claros y serenos; de aquí viene que los naturales son ágiles, sanos y robustos. Son rarísimas en aquellas tierras las tempestades de truenos. No se cría en ella alguna sabandija venenosa. Viven también exentos de aquellos dos grandes azotes del cielo, guerra y peste. De uno y otro los defiende el clima, por ser tan áspero para los forasteros, como sano para los naturales. Las nieves no los incomodan, porque, ya por su natural agilidad, ya por arte y estudio, vuelan por las cumbres nevadas como ciervos. La multitud de osos blancos, de que abunda aquel país, les sirve de diversión, porque están diestros en combatir estas fieras, que no hay lapón que no mate muchas al año, y apenas se ve jamás que algún paisano muera á manos de ellas.

Añadamos que aquella larga noche de las regiones subpolares, que tan horrible se nos representa, no es lo que se imagina. Apenas tienen de noche perfecta un mes entero. La razón es, porque el sol descende de su horizonte solos veinte y tres grados y medio, y hasta los diez y ocho grados de depresión duran los crepúsculos, según el cómputo que hacen los astrónomos. Tampoco la ausencia aparente del sol dura seis meses, como comunmente se dice, si solos cinco; porque á causa de la grande refracción que hacen los rayos en aquella atmósfera, se ve el cuerpo solar medio mes antes de montar el horizonte, y otro tanto después que baja de él. Sabido es, que un viaje que hicieron los holandeses el año de 1596, estando en setenta y seis grados de latitud septentrional, vieron, con grande admiración suya, parecer el astro quince ú diez y seis días antes del tiempo que esperaban. En las *Paradojas matemáticas* explicamos este fenómeno (1); de modo que, computado todo, mucho más tiempo gozan la luz del sol los pueblos septentrionales que los que viven en

(1) Discurso VII del tomo III del *Teatro crítico*.



las zonas templadas ó en la Tórrida. Y así, lo que se dice de la igual repartición de la luz en todo el mundo, aunque se da por tan asentado, no es verdadero (1).

Nosotros vivimos muy prendados de los alimentos de que usamos, pero no hay nación á quien no suceda lo mismo. Los pueblos septentrionales hallan regaladas las carnes del oso, del lobo y del zorro; los tártaros, la del caballo; los árabes, la del camello; los guineos, la del perro, como asimismo los chinos, los cuales ceban los perros y los venden en los mercados, como acá los cochinos. En algunas regiones del África comen monos, cocodrilos y serpientes. Scaligero dice, que en varias partes del Oriente es tenido por plato tan regalado el murciélago, como acá la mejor polla.

Lo mismo que en los manjares sucede en todo lo demás; ó ya que lo haga la fuerza del hábito, ó la proporción respectiva al temperamento de cada nación, ó que las cosas de una misma especie en diferentes países tienen diferentes calidades, por donde se hacen cómodas é incómodas, cada uno se halla mejor con las cosas de su tierra que con las de la ajena, y así, le retiene en ella esta mayor conveniencia suya, no el supuesto amor de la patria.

Los habitantes de las islas Marianas (llamadas así porque la señora doña Mariana de Austria envió misioneros para su conversión) no tenían uso ni conocimiento del fuego. ¿Quién dijera que este elemento no era indispensablemente necesario á la vida humana, ó que pudiese haber nación alguna que pasase sin él? Sin embargo, aquellos isleños sin fuego vivían gustosos y alegres. No sentían su falta, porque no la conocían. Raíces, frutas y peces crudos eran todo su alimento, y eran más sanos y robustos que nosotros; de modo que era regular entre ellos vivir hasta cien años.

Es poderosísima la fuerza de la costumbre para hacer, no sólo tratables, pero dulces, las mayores asperezas. Quien no estuviere bien enterado de esta verdad tendrá por increi-

(1) Monsieur de Mairan, de la Academia real de las Ciencias, por el cómputo que hace del sucesivo aumento de refracción de los rayos solares, según los climas distan más del Ecuador, infiere, que debajo de los polos todo el año es día; de modo, que si en aquellas partes hay tierras habitadas, los que viven en ellas nunca necesitan de luz artificial; porque cuando llega el sol al trópico de Capricornio, no puede faltarles una luz crepuscular bien sensible. Y juzgo que el cómputo y la ilación son justos.

ble lo que pasó á Esteban Bateri, rey de Polonia, con los paisanos de Livonia. Noticioso este glorioso príncipe de que aquellos pobres eran cruelmente maltratados por los nobles de la provincia, juntándolos, les propuso, que, condolido de su miseria, quería hacer más tolerable su sujeción, conteniendo á más benigno tratamiento la nobleza. ¡Cosa admirable! Bien lejos de estimar el beneficio, echándose á los piés del rey, le suplicaron no alterase sus costumbres, con las cuales estaban bien hallados. ¿Qué no vencerá la fuerza del hábito, cuando llega á hacer agradable la tiranía? Júntese esto con lo de las mujeres moscovitas, que no viven contentas si sus maridos no las están apaleando cada día, aun sin darles motivo alguno para ello, teniendo por prueba de que las aman mucho aquel mal tratamiento voluntario.

Añádese á lo dicho la uniformidad de idioma, religión y costumbres, que hace grato el comercio con los compatriotas, como la diversidad le hace desapacible con los extraños. En fin, concurren á lo mismo las adherencias particulares á otras personas. Generalmente el amor de la conveniencia y bien privado que cada uno logra en su patria le atrae y le retiene en ella, no el amor de la patria misma. Cualquiera que en otra región completa mayor comodidad para su persona, hace lo que san Pedro, que luégo que vió que le iba bien en el Tabor quiso fijar para siempre su habitación en aquella cumbre, abandonando el valle en que había nacido.

### III

Es verdad que no sólo las conveniencias reales, mas también las imaginadas, tienen su influjo en esta adherencia. El pensar ventajosamente de la región donde hemos nacido sobre todas las demás del mundo, es error, entre los comunes, comunísimo. Raro hombre hay, y entre los plebeyos ninguno, que no juzgue que es su patria la mayorazga de la naturaleza, ó mejorada en tercio y quinto en todos aquellos bienes



que ésta distribuye, ya se contemple la índole y habilidad de los naturales, ya la fertilidad de la tierra, ya la benignidad del clima. En los entendimientos de escalera abajo se representan las cosas cercanas como en los ojos corporales, porque aunque sean más pequeñas, les parecen mayores que las distantes. Sólo en su nación hay hombres sabios; los demás son punto menos que bestias; sólo sus costumbres son racionales, sólo su lenguaje es dulce y tratable; oír hablar á un extranjero les mueve tan eficazmente la risa como ver en el teatro á Juan Rana; sólo su región abunda de riquezas, sólo su príncipe es poderoso. Á lo último del siglo pasado, cuando las armas de la Francia estaban tan pujantes, hablándose en Salamanca en un corrillo sobre esta materia, un portugués de baja esfera, que se hallaba presente, echó con aire de apotegma este fallo político: «Certu eu naon vejo principe en toda á Europa, que hoje poda resistir ao rey de Francia, si naon ó rey de Portugal. Aun es más extravagante lo que Miguel de Montaña, en sus *Pensamientos morales*, refiere de un rústico saboyano, el cual decía: «Yo no creo que el rey de Francia tenga tanta habilidad como dicen; porque si fuera así, ya hubiera negociado con nuestro duque que le hiciese su mayordomo mayor.» Casi de este modo discurre en las cosas de su patria todo el ínfimo vulgo.

Ni se eximen de tan grosero error, bien que disminuído de algunos grados, muchos de aquellos que, ó por su nacimiento, ó por su profesión, están muy levantados sobre la humildad de la plebe, ó que son infinitos los vulgares que habitan fuera del vulgo, y están metidos como de gorra entre la gente de razón. ¡Cuántas cabezas bien atestadas de textos he visto yo muy encaprichadas de que sólo en nuestra nación se sabe algo; que los extranjeros sólo imprimen puerilidades y bagatelas, especialmente si escriben en su idioma nativo. No les parece que en francés ó italiano se pueda estampar cosa de provecho; como si las verdades más importantes no pudiesen proferirse en todos idiomas. Es cierto que en todo género de lenguas explicaron los apóstoles las más esenciales y más sublimes. Mas en esta parte bastantemente vengados quedan los extranjeros; pues si nosotros los tenemos á ellos por de poca literatura, ellos nos tienen á nosotros por de mucha barbarie. Así que, en todas tierras hay este pedazo de mal cami-

no de sentir altamente de la propia, y bajamente de las extrañas.

## IV

Lo peor es, que aun aquellos que no sienten como vulgares, hablan como vulgares. Este es efecto de la que llamamos pasión nacional, hija legítima de la vanidad y la emulación. La vanidad nos interesa en que nuestra nación se estime superior á todas, porque á cada individuo toca parte de su aplauso; y la emulación con que miramos á las extrañas, especialmente las vecinas, nos inclina á solicitar su abatimiento. Por uno y otro motivo atribuyen á su nación mil fingidas excelencias aquellos mismos que conocen que son fingidas.

Este abuso ha llenado el mundo de mentiras, corrompiendo la fe de casi todas las historias. Cuando se interesa la gloria de la nación propia, apenas se halla un historiador cabalmente sincero. Plutarco fué uno de los escritores más sanos de la antigüedad. Sin embargo, el amor de la patria, en lo que tocaba á ella, le hizo degenerar no poco de su candor; pues, como advierte el ilustrísimo Cano, engrandeció más de lo justo las cosas de la Grecia; y Juan Bodino observó que en sus *Vidas comparadas*, aunque cotejó rectamente los héroes griegos con los griegos y los romanos con romanos, pero en el paralelo de griegos con romanos se ladeó á favor de los suyos.

Siempre he admirado á Tito Livio, no sólo por su eminente discreción, método y juicio, mas también por su veracidad. No disimula los vicios de los romanos cuando los encuentra al paso de la pluma. Lo más es, que aun al riesgo de enojar á Augusto, elogié altamente, y con preferencia sobre Julio César, á Pompeyo, que en aquel tiempo era lo mismo que declararse celoso republicano. No obstante, noto en este príncipe de los historiadores una falta, que, si no fué descuido de su advertencia, es preciso confesarle cuidado de pasión. En los dos primeros siglos da tantas batallas y ciudades ganadas



por los romanos, cuantas bastarían para conquistar un grande imperio. Pero al término de este espacio de tiempo aún vemos ceñida á tan angosto términos aquella república, que pocos estados menores se hallan hoy en toda Italia; prueba de que las victorias antecedentes no fueron tantas ni tan grandes en el original, como se figuran en la copia.

Apenas hay historiador alguno moderno, de los que he leído, en quien no haya observado la misma inconsecuencia. Si se ponen á referir los sucesos de una guerra dilatada, los pintan por la mayor parte favorables á su partido; de modo que el lector por aquellas premisas se promete la conclusión de una paz ventajosa, en que su nación dé la ley á la enemiga. Pero como las premisas son falsas, no sale la conclusión; antes al llegar al término se encuentra todo lo contrario de lo que se esperaba.

No ignoro que durante la guerra saca de estas mentiras sus utilidades la política; y así, en todos los reinos se estampan las *gacetas* con el privilegio, no digo de mentir, sino de colorear los sucesos de modo que agraden á los regionarios, en cuyas pinturas frecuentemente se imita el artificio de Apeles en la del rey Antígono, cuya imagen ladeó de modo, que se ocultase que era tuerto; quiero decir, que se muestran los sucesos por la parte donde son favorables, escondiéndose por donde son adversos. Digo que pase esto en las *gacetas*, pues lo quiere así la política, la cual va á precaver el desaliento de su partido en los reveses de la fortuna. Pero en los libros que se escriben muchos años después de los sucesos, ¿qué riesgo hay en decir la verdad?

El caso es, que aunque no le hay para el público, le hay para el escritor mismo. Apenas pueden hacer otra cosa los pobres historiadores, que desfigurar las verdades, que no son ventajosas á sus compatriotas. Ó han de adular á su nación, ó arrimar la pluma; porque si no, los manchan con la nota de desafectos á su patria. Duélome cierto de la suerte del padre Mariana. Fué este doctísimo jesuíta, sobre los demás talentos necesarios para la historia, sumamente sincero y desengañado; pero esta ilustre partida, que engrandece entre los sanos críticos su gloria, se la disminuye entre la vulgaridad de España. Dicen que no tenía el corazón español; que su afecto y su pluma estaban reñidos con su patria; y como

un tiempo atribuyeron muchos la nimia severidad del emperador Septimio Severo con los romanos, á su origen africana por parte de padre, al padre Mariana quieren imputar algunos cierto género de despego con los españoles, buscándole para este efecto, no sé si con verdad, ascendencia francesa por parte de madre. Quisieran que escribiese las cosas, no como fueron, sino como mejor les suenan, y para quien ama la lisonja es enemigo el que no es adulator. Pero lo mismo que á este grande hombre le hizo mal visto en España, le granjeó altos elogios de los mayores hombres de Europa. Basta para honrar su fama este del eminentísimo cardenal Baronio: «El padre Juan de Mariana, amante fino de la verdad, excelente sectario de la virtud, español en la patria, pero desnudo de toda pasión; digno profesor de la Compañía de Jesús, con estilo erudito dió la última perfección á la historia de España.» (BARON., *ad ann. Christi* 688.)

No sólo en España quieren que los historiadores sean panegiristas; lo mismo sucede en las demás naciones. Llamó el rey de Inglaterra para que escribiese la historia de aquel reino al famoso Gregorio Leti; y habiendo éste protestado que, ó no había de tomar la pluma, ó había de decir la verdad, animándole el rey á cumplir con esta indispensable obligación, formó su historia sobre los monumentos más fieles que pudo descubrir. Pero como no hallasen los nacionales motivo para complacerse en muchas verdades que se manifestaban en ella, no bien salió á luz, cuando arrepentido ya el rey de la licencia que le había dado, de orden del Ministerio se recogieron todos los ejemplares, y al historiador se le hizo salir de Inglaterra mal satisfecho.

De los escritores franceses se quejan mucho nuestros españoles, diciendo, que en odio nuestro niegan ó desfiguran los sucesos que son gloriosos á nuestra nación, engrandeciéndolo á proporción los suyos. Esta queja es recíproca, y creo que por una y otra parte bien fundada. Siempre que entre dos naciones hay muchas guerras, en los escritos se ve la discordia de los ánimos, repitiéndose nuevas guerras en los escritos; porque, unidas como en la flecha, siguen el ímpetu del acero las plumas.

Pero en obsequio de la justicia y la verdad, notaré aquí una acusación injusta que muchas veces ví fulminar á los